

NEW LEFT REVIEW 96

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2016

EDITORIAL

PERRY ANDERSON

La casa de Sión

ARTÍCULOS

IVÁN SZELÉNYI

Capitalismos después del comunismo

WALTER BENJAMIN

Junto a la chimenea

VERÓNICA SCHILD

Los feminismos en América Latina

CARLOS SPOERHASE

Seminario vs *mooc*

MARCO D'ERAMO

Vida portuaria

SVEN LÜTTICKEN

Personajificación

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN

La pervivencia de la Comuna

JEFFERY WEBBER

¿Desarrollo verde?

JOHN NEWSINGER

El famélico Raj

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CAPITALISMOS DESPUÉS DEL COMUNISMO

SERÍA FACTIBLE CONSTRUIR una teoría sobre «variedades de comunismos» clasificando a las economías socialistas de Estado no solo por regiones, sino por su época histórica. China, por ejemplo, imitó el modelo estalinista en los primeros años de la revolución, pero en la década de 1960 la RPCh había desarrollado sus propias y singulares instituciones económicas y sociales. En Hungría, el comunismo *gulasch* de János Kádár, que tomó forma a partir de 1956, se diferenciaba drásticamente del modelo clásico soviético. No obstante, durante las últimas décadas del socialismo de Estado las sociedades comunistas ya habían tomado una trayectoria convergente: la brecha entre Checoslovaquia o Hungría y la URSS, por ejemplo, se redujo. La propiedad estatal de los medios de producción, la naturaleza redistributiva de la integración económica y el monopolio político del Partido Comunista, crearon un entorno institucional análogo en todas ellas. El sistema eliminó en gran medida los legados de los tiempos precomunistas.

Sin embargo, en la primera década de la transición al capitalismo de mercado los antiguos países comunistas siguieron trayectorias diferentes. Durante esta primera etapa de transición podemos distinguir tres diferentes sistemas poscomunistas. El primero es el «capitalismo desde el exterior», la experiencia de Europa Central, que también podría describirse como el modelo liberal o neoliberal. El segundo sería el «capitalismo desde arriba» que se encuentra en Europa del Este, Rusia y las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central. El tercero es el «capitalismo desde abajo» que se desarrolló en China desde 1978 hasta mediados de la década de 1980 y que es el que más se aproxima al modelo clásico

de acumulación originaria de capital¹. Sin embargo, en este artículo se sostiene que más recientemente los diversos tipos de poscomunismo han empezado a reconducirse inesperadamente hacia un nuevo modelo adelantado por Rusia desde 2000. Sorprendentemente, este nuevo sistema parece resultar atractivo para algunos países de Europa Central, especialmente para Hungría. Incluso China está cambiando. Cuando Pekín comenzó a privatizar el sector público en 1997-1998, después de dos décadas de reforma, siguió la estrategia de Europa del Este. Desde el ascenso de Xi Jinping hay señales de cierta convergencia con el nuevo modelo ruso. Pero antes de analizar esta renovada convergencia necesitamos considerar con más detalle los tres tipos iniciales de transformación poscomunista.

Procesos de acumulación

La acumulación originaria de capital no fue de ninguna manera un paseo. Marx describió el proceso con una precisión y claridad excepcionales en la Parte VIII de *El capital*, volumen 1². A menudo las figuras más destacadas de la gran burguesía en Estados Unidos, que emergieron entre 1860 y 1900, han sido descritas como *robber barons* [capitalistas ladrones]³. Rockefeller, Jay Gould, Carnegie y muchos otros, empezaron sus negocios durante la Guerra Civil estadounidense. Eran hombres jóvenes, muchos de ellos de familias pobres, que en unos cuantos años se hicieron multimillonarios y su vertiginosa acumulación de capital a menudo se produjo en dudosas condiciones. Acumularon subsidios del Estado y ocasionalmente sobornaron a legisladores. Vanderbilt y Gould llegaron incluso a tener ejércitos privados que libraron pequeñas guerras entre ellos, algo muy similar a los oligarcas rusos⁴. Algunos historiadores han sostenido que John Rockefeller ha sido la persona más rica de la historia: su fortuna en 1900 se ha calculado en 200 millardos de dólares, en cifras actuales dos o tres veces la riqueza de Bill Gates⁵. Los *robber barons*

¹ Gil Eyal, Iván Szelényi y Eleanor Townsley, *Making Capitalism Without Capitalists*, Londres y Nueva York, 1998; Lawrence King e Iván Szelényi, «Post-Communist Economic Systems», en Neil Smelser y Richard Swedberg (eds.), *The Handbook of Economic Sociology*, Princeton, 2005, pp. 205-229; Victor Nee y Sonja Opper, *Capitalism from Below*, Cambridge, 2012. Para un análisis del singular camino tomado por Cuba a partir de 1991, véase Emily Morris, «Unexpected Cuba», *NLR* 88, julio-agosto de 2014.

² K. Marx, *Capital*, vol. 1, Londres, 1976.

³ Matthew Josephson, *The Robber Barons*, Nueva York, 1962.

⁴ *Ibid.*, pp. 121-148.

⁵ Michael Klepper y Robert Gunther, *The Wealthy 100: From Benjamin Franklin to Bill Gates*, Toronto, 1996, p. xi.

recompensaban espléndidamente a sus protegidos, pero los castigaban severamente si se mostraban desleales.

Las analogías con la acumulación de capital en el poscomunismo son llamativas. No obstante, las historias de los *robber barons*, e incluso las descripciones en la Parte VIII de *El capital*, palidecen cuando se comparan con algunos ejemplos poscomunistas, especialmente en Rusia. La acumulación poscomunista es única. En todas las demás situaciones históricas de transición al capitalismo, la acumulación de cierto capital se producía dentro de la matriz de formaciones precapitalistas. El comunismo era la única formación «precapitalista» que había proscrito la propiedad privada. Además, las grandes burguesías poscomunistas privatizaron los bienes comunes mucho más rápidamente que cualquiera de sus predecesoras; habida cuenta de la velocidad de los procesos de privatización no sorprende encontrar características mafiosas en todos los capitalismos poscomunistas. Diciéndolo claramente, fueron dominios de *robber barons* al margen del color del gobierno.

El espectro del capitalismo neoliberal ya estaba acechando a las sociedades del socialismo de Estado de Europa Central a finales de la década de 1980. En esta parte del mundo, el compromiso con la política democrática era el complemento del compromiso con la economía neoliberal durante la transición. Entre los países centroeuropeos hubo algunas diferencias en la forma en que se manifestaron esos compromisos⁶: en la República Checa, Václav Havel tenía unas convicciones liberales más evidentes que Vadimír Mečiar en Eslovaquia, Jarosław y Lech Kaczyński en Polonia o, en este sentido, que József Antall en Hungría. También hubo diferencias en la velocidad y en los métodos de las privatizaciones. Polonia comenzó con una terapia de choque neoliberal mientras que Eslovenia adoptó una estrategia más gradual. La República Checa «reprivatizó» algunos activos devolviendo la propiedad confiscada bajo el comunismo a sus propietarios originales; Hungría y Polonia se opusieron a esas políticas. Algunos países, como Hungría, dependieron enormemente del mercado en sus procesos de privatización vendiendo la propiedad estatal en subastas razonablemente limpias⁷. Muchos

⁶ Véase Dorothee Bohle y Béla Greskovits, «Varieties of Capitalism and Capitalism “tout court”», *European Journal of Sociology*, vol. 50, núm. 3, 2009 y *Capitalist Diversity on Europe’s Periphery*, Ithaca, 2012.

⁷ Peter Mihályi, *A magyar privatizáció krónikája, 1989-1997* [Historia de la privatización en Hungría, 1989-1997], Budapest, 1998; «Foreign Direct Investment in Hungary: The Post-Communist Privatization Story Reconsidered», *Acta Oeconomica*, vol. 51, núm. 1, 2000-2001.

países utilizaron cupones para compensar a la gente que había perdido propiedades durante los regímenes comunistas o intentaron conceder la propiedad a los trabajadores, aunque el alcance de estos sistemas era muy variable. No obstante, en una década «los bienes comunes fueron cercados»; en 2000, a todos los efectos prácticos, la propiedad pública se había convertido en activos privados.

Tipos de capital

En el transcurso de los procesos de privatización la gente tenía que competir en el mercado por la propiedad pública. Una vez que se estableció la propiedad privada, el reparto del poder tendió a fundamentarse en la fortaleza económica en vez de política y en este aspecto, por lo menos, estas nuevas formaciones empezaron a parecerse más a los capitalismo clásicos. Sin embargo hay que hacer algunas aclaraciones. En la transición que se produjo en Europa Central, tanto el capital social como el político desempeñaron un papel más importante que en el capitalismo clásico. Desde luego, el concepto de capital social es muy amplio⁸, pero aquí podemos decir simplemente que aquellos que lo poseen pueden utilizar sus conexiones sociales para alcanzar determinados fines, aunque ello exija una continua «inversión» para construir y mantener los contactos sociales. Una vez que han acumulado suficiente capital social, pueden esperar ganancias o beneficios. El capital político lo defino como un caso de capital social acumulado en instituciones políticas. Si me incorporo a un partido o paso a formar parte del gobierno empiezo a acumular un capital político con el que puedo alcanzar diversos objetivos. El enriquecimiento personal puede ser uno de ellos; si esto se produce de forma generalizada lo podemos llamar «capitalismo político»⁹.

El capital social y, en algunos casos, el capital político, desempeñó a menudo un importante papel en los procesos de acumulación de los capitalismo poscomunistas. Realmente, el capital político no fue tan importante como lo había sido durante el comunismo. A finales de la década de 1980 y comienzos de la siguiente, muchos investigadores habían previsto que la nueva gran burguesía sería reclutada entre los funcionarios comunistas de rango elevado que convertirían su capital

⁸ Esta es una aplicación y en cierta medida una reinterpretación del argumento de Pierre Bourdieu: «The Forms of Capital», en John Richardson (ed.), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*, Nueva York, 1986, pp. 241-258.

⁹ Jadwiga Staniszkis, «Political Capitalism in Poland», *East European Politics and Societies*, vol. 5, diciembre de 1990.

político en activos económicos¹⁰. Se trataba de una poderosa hipótesis. Los datos disponibles sobre esta cuestión no son especialmente fiables, ya que aquellos que «convierten» el capital político en económico pueden ocultar su riqueza. No obstante, las cifras que tenemos sugieren que aunque en Europa Central se produjo esta «conversión» del capital, no se trató del modo dominante de acumulación: fue mucho más frecuente en Europa del Este, especialmente en Rusia y Ucrania.

En Europa Central, el capital social fue indudablemente mucho más importante que el capital político para adquirir riqueza y ganar posiciones en los regímenes poscomunistas. Las conexiones personales y la información sobre las empresas ofrecidas para la privatización complementaban el papel de las fuerzas del mercado. Los organismos a cargo de las privatizaciones a menudo subastaron empresas a precios por debajo de su valor real y hacía falta tener contactos –tanto con los gestores de la empresa como con el organismo privatizador– para obtener información fidedigna sobre su valor. Algunas veces estas conexiones eran «políticas», otras simplemente «sociales». Los mayores imperios privados nacidos en la década de 1990 –y la mayoría de los nuevos imperios económicos empezaron durante esta década– tuvieron su origen en la subasta de activos del Partido Comunista y de la Liga de los Jóvenes Comunistas. En estos casos, el capital político fue evidentemente la fuerza impulsora.

Podemos preguntarnos si además del capital social y político, el capital «humano» y el «cultural» tuvieron algún papel en los procesos de acumulación en Europa Central. Estos tipos de capital se definen habitualmente en términos de conocimiento. Por lo general, se considera que el capital «humano» se manifiesta en ganancias de productividad y el «saber hacer técnico» es el ejemplo principal: las empresas ofrecen salarios más elevados y mayor poder de toma de decisiones a ingenieros y economistas cualificados dando por supuesto que harán importantes contribuciones a la rentabilidad de la empresa. El capital «cultural» es diferente; George Konrad y yo mismo lo definimos en su momento como un capital derivado de un «conocimiento orientativo transcontextual»¹¹. La definición de Bourdieu –de que el capital cultural procede

¹⁰ Elemér Hankiss, *East European Alternatives*, Oxford, 1990; J. Staniszkis, «Political Capitalism in Poland», cit.

¹¹ George Konrad e Iván Szelényi, *The Intellectuals on the Road to Class Power*, Nueva York, 1979.

del conocimiento teórico— es menos incómoda y puede ser suficiente. De forma sencilla, los poseedores de capital *humano* son tecnócratas, mientras que la *intelligentsia* o los intelectuales poseen capital *cultural*. Se puede sostener que este tipo de capital cultural o intelectual desempeñó un papel decisivo en la primera transformación de Europa Central: Antall y Göncz en Budapest, Havel en Praga, Kis y Michnik en Varsovia eran eminentes miembros de la *intelligentsia*; produjeron muy pocos beneficios, pero fueron las fuerzas impulsoras en la transición desde el comunismo al capitalismo liberal. Prácticamente ninguna de estas personas se incorporó a las filas de la nueva gran burguesía.

A medida que las formaciones poscapitalistas se estabilizaron, la relevancia del capital cultural declinó y el capital económico ocupó su lugar. Cada vez era menos probable que los titulares de los puestos económicos y políticos de alto nivel fueran intelectuales y más probable que fueran tecnócratas o «empresarios» políticos. Viktor Orbán y políticos similares reemplazaron a personajes como Michnik y Kis. A medida que el capital cultural perdía influencia el capitalismo liberal en Europa Central se aproximó al capitalismo clásico; el capital social y político, que se había ocultado con éxito en segundo plano, se ha hecho sentir con más fuerza en los últimos años.

Resultados en Europa del Este

En Europa del Este —Rusia, Ucrania, Bielorrusia, pero también en los países balcánicos— la transformación poscomunista tomó un camino diferente. En Europa Central, la antigua elite comunista simplemente desapareció: la vieja generación se consumió, a menudo prematuramente (János Kádár y György Aczél son buenos ejemplos). Igualmente una capa más amplia de partidarios genuinamente comunistas no sobrevivió mucho al colapso de su sueño. Sin embargo, la generación más joven y los hijos de altos cargos comunistas empezaron a «construir» el capitalismo con el mismo entusiasmo con que ellos (o sus padres) habían construido el comunismo unas décadas antes. En Europa del Este, al contrario, la estructura de poder comunista sobrevivió en gran medida. Ese fue el caso de Rusia, Ucrania, Bielorrusia, las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central y, hasta cierto punto, de países como Bulgaria, Rumanía, Serbia y Croacia. En general, la política conservó su primacía sobre la economía.

Esto condujo a un peculiar sistema de acumulación originaria de capital en el que los activos públicos se privatizaron de una manera que –reinterpretando y reapplicando los términos de Weber– podemos describir como «patrimonial». Podemos recordar que en el primer volumen de *Economía y sociedad*, Weber distingue tres tipos de autoridad tradicional. Bajo el «patriarcado», el amo ejerce la autoridad en propia persona, sin un plantel de seguidores. Allí donde el amo tiene un personal o unos seguidores, la autoridad puede tomar una forma o bien prebendaria o bien patrimonial. Bajo el prebendalismo, el amo recompensa a sus seguidores con «beneficios», cargos y propiedades que se conceden en base a la lealtad y a los servicios y que pueden ser retirados en caso de un comportamiento insatisfactorio. Por ello, los derechos de propiedad bajo el prebendalismo son de alguna manera inseguros. El sultanismo es el ejemplo más extremo. Por el contrario, bajo el patrimonialismo el amo recompensa a sus seguidores con propiedades en forma de un «feudo», que es heredable y los derechos de propiedad son bastante seguros. El feudalismo occidental es el tipo de patrimonialismo más puro¹².

Durante los años de Yeltsin, la propiedad pública en Rusia fue convertida en riqueza privada de una manera esencialmente patrimonial. Yeltsin actuó como un zar que «nombraba» a los nuevos propietarios. La gente adquirió activos por la gracia del gobernante. Algo parecido sucedió en la totalidad de los países postsoviéticos con la excepción de los Estados del Báltico; los antiguos funcionarios comunistas retuvieron su poder político y eligieron a los miembros de la nueva gran burguesía. En Rusia, la historia adquiere características de cuento de hadas: Yeltsin estaba a menudo bajo la influencia del alcohol, tenía dificultades para tomar decisiones y, según periodistas bien informados, en las cuestiones relativas a la privatización se apoyaba cada vez más en el consejo de su amada hija Tatiana¹³. La privatización era una tarea urgente. El objetivo declarado de Yeltsin era «construir» el capitalismo en quinientos días, en un país donde no había habido una acumulación privada de capital. Aparentemente Tatiana examinaba a los candidatos para decidir quién tenía más talento y quién era más probable que fuera leal. «Este es un buen tipo, debería obtener propiedades. Este es un mal tipo y no debería tener nada». En Rusia hubo subastas –al igual que en Europa Central– pero las evidencias que

¹² El punto de partida para esta reconstrucción, extremadamente simplificada, se encuentra en las páginas 235-236 del primer volumen de *Economy and Society*, Berkeley y Los Ángeles, 1978.

¹³ Paul Klebnikov, *The Godfather of the Kremlin: The Decline of Russia in the Age of Gangsterism*, Nueva York, 2000.

presenta Paul Klebnikov sugieren que estaban manipuladas a una escala mucho mayor de las que se produjeron en Europa Central y que Yeltsin y los poderes centrales simplemente elegían a los ganadores.

La autoridad política creó esta gran burguesía de la noche a la mañana. Aquellos que habían obtenido sus activos «por la gracia del señor» (Yeltsin) se convirtieron en la nueva clase de capitalistas. Sin embargo, sus derechos de propiedad parecían bastante seguros. Yeltsin solamente pidió que la nueva gran burguesía le respaldara en tiempos de crisis. Realmente, las elecciones presidenciales de 1996 mostraron que se trataba de una razonable expectativa. En aquél momento su popularidad estaba en sus mínimos históricos y se enfrentaba a un formidable rival, el comunista Ziugánov. Los siete mayores empresarios rusos –que solamente cinco años después del colapso de la URSS afirmaban que poseían la mitad del país– se alienaron tras él y pusieron sus medios de comunicación a su disposición; con la ayuda de los publicistas expertos en marketing político de Clinton esto aseguró su reelección. Este era un sistema patrimonial en el sentido de que la fuente de la riqueza era el poder político, pero la propiedad que recibieron los oligarcas rusos de su señor era bastante segura, «feudos» en términos de Weber. Yeltsin llegó a hacer algunos intentos para regular a algunos de los nuevos capitalistas –a Gusinsky, por ejemplo– pero tuvo que dar marcha atrás. A finales de la década de 1990, los nuevos oligarcas estaban empezando a comportarse como boyardos, explotando las debilidades del poder central e incluso alimentando ambiciones políticas propias; algunos de ellos, especialmente Berezovsky, adquirieron una gran influencia política.

En Rusia hubo algunos casos de conversión de capital político en económico, el ejemplo más notable es Chernomirdin, el primer ministro de Yeltsin. A finales de la década de 1990 era una de las personas más ricas de Rusia. Aunque Chernomirdin ocultaba su patrimonio todo lo que podía, la CIA calculaba que su fortuna alcanzaba los varios millardos de dólares. Él reconocía tener unos cuantos millones. No conocemos ningún caso en Europa Central en el que aquellos que tenían poder político acumularan riqueza a semejante escala. En Rusia, durante la década de 1990, el capital económico y el político desempeñaron un papel prácticamente equivalente. Ni el capital cultural ni el humano fueron especialmente importantes. No obstante, las autoridades políticas estaban preocupadas por el poder potencial del capital cultural; el enemigo, el peligro para la hegemonía política era el capital cultural más que el

humano. Los periodistas –algunos de ellos fueron asesinados– representaban una amenaza mayor que los tecnócratas.

Características chinas

A partir de 1978, durante su primera década de reformas, China siguió una trayectoria muy diferente «construyendo» el capitalismo «desde abajo», siendo la acumulación de capital más determinada por el mercado. Durante los primeros años, los principales ganadores fueron el campo y los campesinos. Hasta mediados de la década de 1980, las desigualdades sociales, especialmente la desigualdad entre el campo y las ciudades –probablemente la característica más embarazosa del maoísmo– disminuyeron a medida que progresaban las reformas¹⁴. Muchos de los «nuevos ricos», incluyendo al creciente número de multimillonarios, procedían de orígenes muy modestos. A finales de la década de 1990, cuando se produjo la privatización del sector empresarial, la trayectoria de China había cambiado radicalmente. *The New York Times*, por ejemplo, informaba que la familia del anterior primer ministro Wen Jiabao, alabado como el «primer ministro del pueblo», acumulaba más de 2 millardos de dólares¹⁵.

El que China sea una formación poscomunista es algo que se puede debatir; por mi parte soy agnóstico. Kornai identifica perspicazmente tres características de los regímenes comunistas: los medios de producción son de propiedad pública; la economía está burocráticamente coordinada; y el poder político es el monopolio de un partido único, cuya ideología legitimadora es el marxismo-leninismo¹⁶. Con estos criterios China se ha convertido en algunos aspectos en un país capitalista: una parte importante de los medios de producción está en manos privadas y aunque el alcance de la privatización es controvertido prácticamente todo el mundo está de acuerdo en que la RPCh se está moviendo hacia una economía

¹⁴ Véase V. Nee y S. Opper, *Capitalism from Below*, cit.; G. Eyal, I. Szelényi y E. Townsley, *Making Capitalism Without Capitalists*, cit.; y V. Nee, «A Theory of Market Transition», *American Sociological Review*, vol. 54, núm. 5, 1989. En cuanto a los datos, véase I. Szelényi, «Pathways from Crises after Communism: The Case of Central Europe», *Belvedere*, vol. 26, 4. La parte II de su estudio, «The Case of Former USSR and China», se publicará próximamente en *Belvedere*, vol. 27, núm. 1.

¹⁵ David Barboza, «The Wen Family Empire», *The New York Times*, 25 de octubre de 2012. Sobre los orígenes sociales de los «nuevos ricos», véase Tamás Kolosi e Iván Szelényi, *Hogyan legyünk milliárdosok? [¿Cómo hacerse multimillonario?]*, Budapest, 2010.

¹⁶ János Kornai, *The Socialist System*, Princeton, 1992.

dominada por el sector privado¹⁷. El mercado coordina una gran parte de la actividad económica, aunque algunos sostienen que la intervención administrativa en la economía sigue siendo importante¹⁸. No obstante, China es un Estado de partido único donde, por así decirlo, «los políticos todavía están al mando», aunque el papel económico, el peso político y la legitimidad del PCCh estén gradualmente desvaneciéndose. También es cuestionable hasta qué punto el Partido sigue siendo marxista-leninista; indudablemente, el nacionalismo y las ideas confucianas desempeñan un creciente papel en su legitimación¹⁹. China en la actualidad es un sistema híbrido entre el comunismo y el capitalismo y no quisiera tomar una posición en cuanto hasta dónde ha llegado en su avance hacia el capitalismo de mercado. Sin embargo, pocos discutirán que en la China actual el capital político es por lo menos tan importante como el económico.

¿Renovada convergencia?

Sin embargo, desde el comienzo del nuevo siglo ha habido interesantes señales que muestran una reconvergencia, por lo menos parcial, de las trayectorias de estos capitalismo poscomunistas. El cambio empezó con el ascenso de Putin al poder en 2000. Cuando asumió la presidencia, los organismos del gobierno habían finalizado el proceso de privatización de manera que no tenía los recursos para reclutar a una clase propietaria que le fuera leal. La gran innovación de Putin fue la redistribución de los activos empresariales obtenidos durante la época de Yeltsin. Putin no aceptó los acuerdos de propiedad «patrimoniales» que Yeltsin había creado. El excesivo poder de los oligarcas le molestaba; quería una «nobleza de servicio». Necesitaba una clase de gente rica, pero no quería una gran burguesía que interfiriera con su proyecto político y estaba dispuesto a confiscar su propiedad si no le servía suficientemente bien. Por ello decidió arremeter contra los nuevos ricos por dos razones: en primer lugar, no quería que el gran capital tuviera ambiciones políticas y quería asegurarse que solamente los que le eran leales mantuvieran su riqueza; en segundo, después de expropiar a los arrogantes oligarcas podía redistribuir su riqueza entre nuevos partidarios a cambio de su

¹⁷ Philip Huang, «Profit-Making State Firms and China's Development Experience: "State Capitalism" or "Socialist Market Economy?"», *Modern China*, vol. 38, núm. 6, 2012; Yasheng Huang, *Capitalism with Chinese Characteristics*, Cambridge, 2008; V. Nee y S. Opper, *Capitalism from Below*, cit.

¹⁸ Y. Huang, *Capitalism with Chinese Characteristics*, cit.

¹⁹ Daniel Bell, *China's New Confucianism*, Princeton, 2010.

silencio y lealtad política. Siguiendo a Weber a esto lo llamo un cambio desde el «patrimonialismo» al «prebendalismo».

Putin sometió a los oligarcas a pruebas de lealtad. Aquellos que no las superaron tuvieron que elegir entre la emigración o la cárcel en Siberia, pero en ambos casos perdieron la mayor parte de su fortuna. La gente rica de todas partes suele tener esqueletos en sus armarios; ¿había alguien que no engañara con los impuestos o pagara sobornos para obtener información o préstamos de bancos sin tener un historial crediticio decente? Putin también amplió los poderes del ejecutivo y puso bajo su mando a los fiscales y en cierta medida también a los tribunales. En estas circunstancias podía criminalizar selectivamente a los miembros de la gran burguesía de cuya riqueza deseaba apropiarse o a aquellos a los que consideraba sus enemigos políticos. La criminalización selectiva se convirtió en una tecnología de dominación. Al transformar el patrimonialismo de Yeltsin en un prebendalismo, Putin redujo la seguridad de la recién adquirida propiedad privada: los feudos de la era Yeltsin se convirtieron en simples beneficios; solamente aquellos que demostraban su lealtad podían conservar su propiedad. El «giro» de Putin –neutralizando políticamente a los oligarcas que habían estado dirigiendo el país en compañía del presidente– tiene precedentes históricos en Rusia. Hasta el siglo xv los zares rusos estaban atenazados por poderosos aristócratas, o boyardos, que disfrutaban de seguridad en sus cargos. Fue Iván III el que confiscó las tierras de los boyardos para limitar sus poderes. Los reemplazo por una nobleza de servicio, los *pomeshchiki*, cuyos cargos y pertenencias estaban condicionados a sus servicios²⁰. La lucha entre zares y boyardos prosiguió durante siglos; solamente Pedro el Grande eliminó por completo el título de «boyardo». Por el contrario, parece que para Putin una década fue suficiente para convertir a los oligarcas de Yeltsin en una «nobleza de servicio».

¿Camino hacia el putinismo?

Pero el «giro» de Putin parece estar influyendo también en otros capitalismos poscomunistas. Aquí no investigaremos si la campaña anticorrupción de Xi Jinping comparte o no características con el

²⁰ Isabel de Madariaga, *Ivan the Terrible: The First Tsar of Russia*, New Haven, 2005, p. 369; Janet Martin, «Two Pomeshchiki from the Novgorod Lands», *Russian History*, vol. 34, núm. 1-4, 2007; Chester Dunning, *A Short History of Russia's First Civil War*, University Park (PA), 2004, p. 101.

prebendalismo de Putin; sin duda hay evidentes diferencias, incluyendo el hecho de que en China la privatización no ha sido «completada» y muchos activos de gran alcance permanecen siendo de propiedad estatal. Además, las severas medidas contra «tigres y moscas» –que desde 2012 se han aplicado a un centenar de altos funcionarios, incluyendo a directivos de empresas estatales, así como a la dirección de la seguridad nacional, mandos militares y jefes provinciales del Partido– hasta ahora no se han dirigido hacia las empresas privadas.

Hungría, sin embargo, da muestras de seguir el camino de Putin. El régimen de Orbán solo es ligeramente más corrupto (o igual de corrupto) que los anteriores gobiernos poscomunistas. No obstante, es indudablemente más agresivo y, ya que cuenta con una mayoría parlamentaria de dos tercios, tiene mucho más poder. Hace lo que quiere. Ha promulgado una nueva Constitución, y después la ha cambiado en varias ocasiones para aprobar leyes que sirven a sus propios intereses. Cuando en 2010 se produjo la victoria electoral de la Unión Cívica Húngara (Fidesz), «los bienes comunes ya estaban cercados» y los regímenes anteriores habían podido recompensar a su electorado mediante procesos de privatización, que pueden no haber sido totalmente limpios; este sistema de recompensar a los partidarios no estuvo disponible para el segundo gobierno de la Unión Cívica Húngara. En estas circunstancias, la única manera que tenía la Unión Cívica Húngara para crear y mantener unos seguidores leales era mediante la redistribución de la riqueza que ya había sido asignada a nuevos propietarios. Hemos visto que el método más eficaz para ello es la criminalización selectiva. Para ponerla en funcionamiento el gobierno tenía que poner bajo su control a la fiscalía y al aparato judicial. Esto llevó al régimen húngaro posterior a 2010 por el camino del «iliberismo», un término con el que me refiero al debilitamiento de las libertades individuales, incluyendo los derechos de propiedad y la separación de poderes. Cuando Orbán afirmaba astuta y provocativamente que el régimen que trataba de construir era iliberal, estaba diciendo la verdad²¹.

Está claro que el régimen posterior a 2010 también es corrupto; pero lo que le hace único no es el alcance de esa corrupción, sino la redistribución de la propiedad desde propietarios desleales a nuevos propietarios leales. Esta redistribución empezó con la nacionalización de los fondos privados de pensiones y continuó con la nueva regulación de la venta de

²¹ Discurso en *Bâile Tuşnad* el 26 de julio de 2014.

tabaco. Antes de la nueva ley, todas las tiendas de alimentación y estaciones de servicio podían vender tabaco, lo que suponía una importante parte de sus ingresos. Ahora el gobierno de Orbán ha trasladado este beneficio a los operadores del Establecimiento Nacional del Tabaco, que tiene el monopolio exclusivo de su venta. La idea de reducir el consumo de tabaco no era mala en sí misma, pero ¿quiénes recibieron las licencias para montar estos establecimientos? Resultaron ser casi exclusivamente individuos leales a la Unión Cívica Húngara. Facilitar las licencias del Establecimiento Nacional del Tabaco fue una manera eficaz de redistribuir los beneficios hacia sus partidarios y asegurarse su compromiso. ¿Es esta una señal de que el régimen de Orbán está de camino hacia el putinismo, y por ello al prebendalismo? ¿Este movimiento es únicamente un fenómeno húngaro? A la primera cuestión la respuesta es un sí rotundo, a la segunda un no condicionado.

Yo denomino al régimen de la Unión Cívica Húngara posterior a 2010 un putinismo *light*. En algunos aspectos tiene muchas similitudes con el putinismo: es socialmente conservador, hace un gran énfasis en el patriotismo y la religión y reduce la separación de poderes y la seguridad de la propiedad privada. En resumen, es un régimen iliberal. No obstante, hasta ahora el régimen de la Unión Cívica Húngara no se ha enfrentado a la gran burguesía tan radicalmente como lo hizo Putin a partir de 2000. El reparto entre sus seguidores de las licencias del Establecimiento Nacional del Tabaco es una cierta clase de pequeño putinismo. Algunos –más bien pequeños empresarios– perdieron parte de sus beneficios. Las autoridades políticas utilizaron la redistribución de los beneficios para fortalecer la base política del régimen recompensando a los amigos, parientes y potenciales amigos. Esto supuso una transferencia de fondos desde algunas empresas pequeñas y medianas a otras de igual tamaño, lo cual se realizó en función de consideraciones políticas. Sin embargo, el camino ya estaba establecido. János Lázár, ministro de la Presidencia, llamó públicamente «usurero» a Sándor Csányi, el hombre más rico de Hungría, presidente y director general del mayor banco húngaro. Csányi –considerado un simpatizante de la derecha– estimó que eso podía constituir un delito y contrató. Orbán permaneció en silencio, no tomó parte en la controversia y continuó acudiendo a los partidos de fútbol en compañía del banquero. Otro firme partidario de la Unión Cívica Húngara, Sándor Demjén, también una de las cinco personas más ricas de Hungría, se encontró enfrentado al gobierno de Orbán cuando este nacionalizó la red de cajas de ahorro

en la que él tenía intereses. El acontecimiento más interesante en 2014 fue la «guerra» que estalló entre Orbán y Lajos Simicska, el tesorero del partido y amigo íntimo de Orbán. Simicska era un facilitador de la acumulación de capital para la elite del partido, pero empezó a volverse demasiado rico y demasiado poderoso dando señales de independencia. Orbán dejó claro que no quería que «los árboles crecieran hasta el cielo»; prefería muchos pequeños Simicskas a uno solo rico y poderoso. En respuesta a estos desafíos, Simicska pasó a la ofensiva y lanzó la idea de que podía presentarse como candidato en unas decisivas elecciones parciales en Veszprém, donde tenía seguidores e intereses económicos, en unas elecciones en las que estaba en juego la mayoría de dos tercios de la Unión Cívica Húngara. Finalmente no se presentó, probablemente consideró, correctamente, que de cualquier forma la Unión Cívica Húngara iba a perder el escaño y su mayoría de dos tercios.

Pero hay una sensación de que la guerra entre el poder político y el mundo empresarial está en el horizonte y nadie puede decir cuál será el resultado. La lucha entre Orbán y Simicska, entre la Unión Cívica Húngara y la gran burguesía, está lejos de haber acabado y solamente la historia dirá quién será el ganador. De cualquier forma hay algo que está claro: la Unión Cívica Húngara actúa cada vez más siguiendo las recetas del putinismo. En cuanto a si este cambio desde el modelo liberal o neoliberal a una versión del prebendalismo y del iliberalismo es un fenómeno únicamente húngaro, no tengo una respuesta definitiva. En casi todos los países poscomunistas de Europa central hay actores políticos que de muchas maneras recuerdan a la Unión Cívica Húngara: Mečiar/Fico, Babiš, Kaczyński, Băsescu, Borisov, por mencionar solamente a unos cuantos que comparten similares ideologías tradicionalistas, casi paleoconservadoras. No obstante, Hungría es indudablemente el país que encabeza la «apertura hacia el este». Resulta difícil decir si alguno –o cuál– de los países de Europa Central puede seguir su camino. Pero, igual que el capitalismo amiguista, el prebendalismo no puede atribuirse simplemente a las aberraciones de un dirigente con una mente retorcida. El capitalismo poscomunista lleva en su interior fuerzas que señalan un cambio del modelo liberal. Como admitía Fukuyama en su último libro: después de todo, la historia puede no haber acabado.